

Intelectuales, política y medios en Argentina. Las columnas de Beatriz Sarlo en el diario *La Nación*

Intellectuals, politics and mass media in Argentina. Beatriz Sarlo's columns in *La Nación* newspaper

Mariana Bonano

Universidad Nacional de Tucumán, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Tucumán, Argentina
marianibonano@hotmail.com; marbonano593@gmail.com

Ana Cristina Nores

Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, Argentina
aninores@gmail.com

Resumen

En los inicios del siglo XXI tomó impulso en la Argentina el debate intelectual acerca de lo público. Personalidades destacadas del ámbito de la cultura reflexionaron sobre el nuevo tiempo que se avecinaba en el país luego de la crisis institucional, política y económica que sacudió en 2001 los cimientos del sistema democrático y su afán de representación. La ensayista Beatriz Sarlo fue una de las figuras destacadas que intentó brindar respuestas a este fenómeno en sus columnas de opinión en el diario *La Nación*. Desde allí se construyó a sí misma como una voz calificada de oposición al gobierno e indagó en las relaciones existentes entre los discursos de la política, de los medios y de otros actores intelectuales. El trabajo aborda los textos periodísticos de Sarlo a partir de la focalización y puesta en relación de dos ejes: la construcción de la figura discursiva y las tensiones que atraviesan a la intelectual, expuesta a las demandas de la fábrica mediática en los albores del nuevo siglo.

Palabras claves: intelectuales; discurso; Beatriz Sarlo; medio; política

Abstract

At the beginning of the XXI century, intellectual debate concerning public life gained momentum in Argentina. Distinguished personalities in the field of culture reflected upon the new period that was coming in the country after the institutional, political and economical crisis in 2001, that shook the foundations of the democratic system and its representativeness. Essayist Beatriz Sarlo was one of the distinguished personalities who tried to provide some answers to this phenomenon in her opinion columns in *La Nación* newspaper. From there, she became a qualified voice against government and she investigated the existent relations among the politics discourses, the mass media and other intellectual parties. This paper aims at analysing such columns, focusing in two main axes: the construction of the discursive figure and the tensions that cross the intellectual, exposed to the demands of the media factory at the beginning of the new century.

Key words: intellectuals; discourse; Beatriz Sarlo; mass media; politics

Beatriz Sarlo puede ser definida como una intelectual que a lo largo de su trayectoria no solo ha intervenido en el debate público de ideas, (1) sino que ha estado



This work is licensed under a [Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

tempranamente vinculada con diversas experiencias del periodismo cultural. (2) Es difícil encasillar a esta pensadora cuyo saber abrevia, como ella misma ha reconocido, en un conocimiento derivado antes de su vivencia del acontecimiento que de constructos teóricos aportados por sus lecturas. Es justamente en virtud de esta caracterización que Sarlo reivindica su labor como la de quien es capaz de leer el acontecimiento en su espesor y que sin titubeos va al encuentro de este último para retornar enteramente transformado. En esta dirección, es sugestivo que se defina a sí misma alternativamente como una historiadora cultural, una crítica literaria, una ensayista a la que le atrae también el periodismo y que rechace para sí los títulos de socióloga o historiadora a secas.

En una entrevista concedida para el “Canal de la Ciudad”, (3) Sarlo definió los tres rasgos que caracterizan a un actor como un intelectual. El primero es el reconocimiento social por el grado de repercusión de sus discursos y/o producciones que puede darse “*en pequeños grupos, en grupos específicos o en grupos muy generales*”. (4) El segundo es una particular forma de hablar sobre lo público, “*ya sea lo público lo político, los derechos de las personas, los derechos de las minorías, la cuestión ecológica o la cultura*”, (5) de una manera tal que interese “*a un rango mayor que a aquellos que están naturalmente inclinados a conocerlo por su profesión*”. (6) El tercer rasgo, por último, es “*una fuerte formación académica de origen*”, ya sea filosófica, artística, o de cualquier otro ámbito, que permita ampliar límites para pensar la realidad en más de una dimensión. “*No se es intelectual primero*”, afirma de modo contundente Sarlo, para explicar luego que antes se encuentra la formación teórica en un campo específico y después la ampliación de esas fronteras. El doctor Favaloro, en la medicina, es citado como ejemplo.

La política y el acontecimiento sociocultural han marcado la formación de Sarlo como ensayista y crítica con un alto desempeño en lo académico, y al mismo tiempo, como figura que, procedente de la esfera de la cultura, muestra un conocimiento sagaz de la lógica de los medios de comunicación. Lectora intensa, obsesiva y maniática de los diarios desde su niñez, reconoce a las publicaciones periódicas como las fuentes predilectas de sus investigaciones. (7) Tal es el grado de su “adicción” a la prensa, como ella misma consigna, que al momento de recibir el Premio “Pluma de Honor” otorgado por la Academia Nacional de Periodismo en 2013, expresó: “*... no merezco esta pluma por lo que he escrito en la prensa, sino por lo que he leído en ella, con una persistencia que comienza en los años 50*”. (8)

Si bien la labor de Sarlo ha estado tempranamente vinculada al mundo editorial, es en una etapa más reciente cuando la autora de *Escenas de la vida postmoderna* (1994) ha intensificado su aparición en los medios masivos y su intervención intelectual en lugares inesperados para una persona dedicada a la investigación y a la docencia universitarias. (9) Esta disposición, común a otros reconocidos intelectuales argentinos a lo largo de los últimos diez años, se ha tornado una práctica corriente que, sin embargo, no deja de

llamar la atención y despertar interés en la sociedad en general y en los especialistas de la comunicación y de la cultura en particular. Con el advenimiento del kirchnerismo, parece haberse reavivado en Argentina el interés por el debate en torno a lo político o, más bien, en torno a la relación entre lo político y las diferentes esferas de la sociedad. En este proceso, los medios de comunicación masiva —y en particular, el periodismo— han desempeñado un papel relevante en la medida en que contribuyeron a instaurar la discusión sobre los diferentes actores sociales y la disputa respecto de lo público.

Desde 2008, Sarlo conjuga la escritura ensayística de libros con su labor como columnista regular del diario *La Nación* y de la revista *Viva* del diario *Clarín*. (10) En estos espacios mediáticos desarrolla los más diversos tópicos y polemiza con actores del universo intelectual y de la política. Como es esperable en este tipo de textos, sus intervenciones son contenciosas y muestran un posicionamiento en sintonía con la línea ideológica del periódico. Aun cuando la relación entre el comentario especializado del periodista y la línea editorial del soporte mediático en el que aquel participa tiene sus matices y no resulta siempre del todo congruente, podemos afirmar que la escena enunciativa está atravesada por un “*contrato de lectura*” entre el soporte mediático y sus lectores, (11) que restringe la posición ideológica del sujeto que opina. (12)

Las columnas de Sarlo en *La Nación* son escogidas como objeto de estudio de este trabajo por múltiples razones, entre las que se encuentra su publicación en un momento emblemático de la última década, la crisis del campo, que estableció una divisoria de aguas durante el primer mandato de Cristina Fernández de Kirchner en la Presidencia y levantó fervorosas voces a favor y en contra de los impuestos para el sector agropecuario.

Por otra parte, tales columnas resultan de interés debido a que el enconado conflicto, que terminó con el rechazo de la resolución 125 en el Congreso Nacional, sacó del letargo a sectores intelectuales que, según su posición político-ideológica, se habían manifestado más o menos de acuerdo con la mayoría de las medidas adoptadas por Néstor Kirchner en el ciclo 2003-2007. Ese colectivo no se había visto en la necesidad de polemizar abiertamente, dado el nivel de consenso generalizado sobre la gestión kirchnerista luego de la crisis institucional que afectó al país en 2002.

La defensa pública de posiciones contrapuestas, en diarios que históricamente se ubicaron en las antípodas desde el punto de vista ideológico, tuvo su máxima expresión en la polémica que mantuvieron José Pablo Feinmann y Beatriz Sarlo desde sus columnas de opinión en *Página/12* y *La Nación*, respectivamente.

“... Beatriz se ha ido tan lejos, se ha llenado de tantos odios, se ha ido tan a la derecha y a sus medios, que son poderosos, que sólo falta que aparezca junto a Vargas Llosa. Ella, que insistía desde Punto de Vista en definirse como una ‘intelectual de izquierda’, ya no es sólo un cuadro intelectual de la derecha, ya es un cuadro de la oligarquía, una militante agraria. O lo fue la noche en que se

entremezcló con las señoras de las exquisitas cacerolas, las cacerolas VIP, para aconsejarlas". (13)

Esa fue la respuesta del filósofo a la columna que, bajo el título "Fue una provocación", marcaba la irrupción de Sarlo en el debate público con una posición antagónica al gobierno kirchnerista.

Por otra parte, se ahonda en el análisis de los textos publicados por la autora en *La Nación* por la trascendencia que tuvieron en la opinión pública. Algunas de sus intervenciones en la prensa gráfica fueron replicadas en otros medios masivos de comunicación, como la radio, la televisión e internet. Esto anima una vez más la indagación respecto de la cuestión del rol de los intelectuales en la sociedad, núcleo revisitado numerosas veces por los estudiosos de la historia sociocultural y por la propia Sarlo, quien ha dedicado muchas páginas de su producción a la reflexión sobre las prácticas y los discursos intelectuales, así como a la fracción de la izquierda y a sus transformaciones ideológico-políticas y culturales en vinculación con las luchas sociales.

En función del lineamiento arriba planteado es que el trabajo intentará ensayar una respuesta provisoria a la pregunta por el lugar social del intelectual de hoy, tensionado entre las exigencias de la fábrica mediática, por una parte, y la aspiración a la autonomía de la tarea cultural, por otra. Dado el peso que adquieren en la actualidad las demandas de la industria cultural mediatizada, cabe analizar cuáles son las formas o las oportunidades en que un intelectual puede participar-intervenir en el debate público. En ese contexto, el trabajo examina la polémica incursión de la autora en un conocido programa televisivo de la etapa considerada, y las tensiones reconocibles en el discurso de la propia Sarlo respecto de los medios de comunicación y particularmente de la televisión, así como sus cuestionamientos a la lógica de los *mass media* y las teorías "optimistas" de los teóricos de la comunicación latinoamericanos sobre los usos y apropiaciones de los mensajes mediáticos por parte del público. Poniendo el foco en las intervenciones mediáticas de la autora, el artículo intenta al mismo tiempo diferenciar la actuación de Sarlo del desempeño de otro colectivo de intelectuales durante el período.

En su segundo segmento, la labor de indagación en las columnas periodísticas, tiene por objeto abordar la construcción de la figura discursiva que Sarlo despliega en los textos. A partir del análisis, el trabajo propone que la forma en que la autora se acerca a la realidad guarda similitudes con el trabajo del etnógrafo —o analista social—, quien sobre la base de la observación de las prácticas culturales y de su participación en ellas, elabora una mirada que permite otorgar sentido a la experiencia desde una posición que se supone próxima a los hechos sociales, a la vez que resistente y oscura a la reconstrucción. En este sentido, la apelación por parte de la columnista a la dimensión concreta de la experiencia adquiere en los textos una dimensión williamsiana, aquella que la propia Sarlo reivindica en sus artículos de *Punto de Vista*, y que se vincula con la noción, también

williamsiana, de “estructura de sentimiento”: una hipótesis cultural oxymorónica, “*tan firme y definida como lo sugiere la palabra 'estructura', aunque opere en los espacios más evanescentes y menos tangibles de nuestra práctica*”. (14) El artículo plantea, entre otros aspectos, que dicha hipótesis posibilita a Sarlo asignar sentido no solo a los hechos del pasado, sino también a los acontecimientos que configuran el presente social de referencia.

La intelectualidad, el reconocimiento social y los medios de comunicación. La televisión y el desafío de la visibilidad

Tal vez la construcción que Sarlo hace de sí misma en sus intervenciones mediáticas sea una de las claves para entender la imagen extendida de una pensadora que no teme meterse en el barro mediático, polemizar con quien sea necesario y poner en cuestión a la misma academia, que en ocasiones pondera, para contribuir a su figura de “intelectual”, mientras que en otras critica porque no contrasta la teoría con la realidad palpable, con “la calle” que ella asegura tener. Sarlo seguramente sabe, porque conoce los medios, que su particular modo de hablar sobre lo público es lo que le permite tener una relevante repercusión en “grupos específicos” o “muy generales”, según los tópicos en agenda y el medio en el cual sus opiniones sean vertidas. El alcance de las columnas de opinión en la prensa escrita, ya sea en soporte papel o digital, en el momento actual repercute en un “grupo específico”, en tanto que sus apariciones en la televisión —como la célebre polémica que despertó su participación en el programa 6,7,8— apuntan a un “grupo muy general”.

Si bien el *rating* del programa producido por Diego Gvirtz en la Televisión Pública no reflejaba en sus emisiones habituales una fuerte adhesión de la audiencia, el día en que Sarlo se hizo presente en sus estudios para cuestionar sus contenidos “desde adentro” despertó gran interés en la opinión pública, probablemente porque le ofreció las dos “sustancias inmateriales” de las que se alimenta la televisión, sobre las que la propia Sarlo teoriza en su libro *La audacia y el cálculo* (2011): “*el conflicto (como forma del relato) y el instante (como medida, inconmensurable, de tiempo)*”. (15) No sin cierta mirada peyorativa, la autora califica a la audiencia populosa de la televisión comercial como una “*roca base*”, y la diferencia al mismo tiempo de la audiencia más restrictiva de los medios digitales actuales. (16)

“Los nuevos medios digitales dan la impresión a sus usuarios de que forman una especie de nación de elegidos; pero la otra nación, la de quienes no tienen Facebook y no lograrían un buen tweet es la roca base. Las comunicaciones digitales independientes de la televisión comercial son el futuro de los que tienen un futuro asegurado (comenzando porque se les ha asegurado una escuela, un trabajo, una temporalidad para los proyectos)”. (17)

La ensayista explica que en la TV

“... todo debe responder a la más cruda actualidad o presentar el más crudo enfrentamiento que multiplique la tensión folletinesca del reality show [...] La televisión es tan instantánea como inevitable es su obsolescencia: del minuto caliente al olvido. Ningún medio devora con tanta voracidad sus materiales. Es un descomunal tubo digestivo, un barril sin fondo”. (18)

Si revisamos los números de Ibope (la empresa de mediciones de audiencia y monitoreo de medios) registrados ese día, se puede vislumbrar que con la presencia de la ensayista, el programa 6,7,8 duplicó su *rating* habitual. Midió 4.4 puntos, es decir, fue visto por más de 420 mil personas, el doble de un día corriente. Resulta interesante, tomando la incursión televisiva de Sarlo en 6,7,8, visualizar cómo esa lógica que cuestiona es la misma en la que se ve envuelta. La célebre frase “*Conmigo, no, Barone*” con la que respondió al periodista que la acusó de ser cómplice de los medios de comunicación que ocultaron los crímenes de lesa humanidad durante la última dictadura militar, fue su propio “minuto caliente”, el que la catapultó a la fama. A partir de allí, los ciudadanos desentendidos de los debates intelectuales que se dan puertas adentro de los claustros, empezaron a reconocer su nombre, que se reprodujo estampado hasta en remeras comercializadas en portales de internet y en *ringtones* de celulares.

Consultada por la periodista Josefina Licitra sobre aquel episodio mediático, Sarlo describió, respaldándose nuevamente en su experiencia de mundo, qué había sucedido en ese set televisivo:

“No calcularon que una intelectual de aspecto académico pudiera comportarse como alguien con cultura de calle y de noche. No les entró en la cabeza. Daban por sentado que entraba al estudio una especie de aparato profesora de la Universidad de Buenos Aires. Ellos hablan de mí como una ‘señora de Recoleta’, barrio en el que jamás he vivido. Es interesante cómo la gente devora sus propios mitos. Ellos fueron víctimas de su propio imaginario, el imaginario con el que constantemente me hostilizan. Son zonzos. No saben observar. No saben ni son capaces de saber quién soy yo”. (19)

El conflicto en su máxima expresión, un rasgo más propio de la televisión que de la academia, la constituyó de allí en adelante en la voz letrada más representativa de la oposición.

A partir de este análisis, es interesante poner el foco en los cuestionamientos que Sarlo realiza a los teóricos. “*Los profesores, santones, gurúes y expertos digitales afirman que esta televisión es cosa del pasado. Lo es, probablemente, para los jóvenes de capas medias con gran capacidad de acceso a las innovaciones tecnoculturales*”. (20) La analista sostiene que en América Latina, contra lo que sostienen los estudiosos, la televisión es la encargada de despachar “*casi todos los consumos simbólicos y su poder se fortalece por*

el reconocimiento que recibe no solo de su público, sino de quienes desean obtener o conservar un lugar de alta visibilidad". (21) Cabe preguntarse si los propios intelectuales, que precisan de esta misma visibilidad, pueden escapar de esa dinámica.

En su columna del 22 de mayo de 2009, refuerza la misma idea diciendo que *"el lector también sabe, porque lo han explicado los investigadores académicos, que la gente mira televisión de distintos modos. Que no confunde, por ejemplo, un programa cómico con un noticiero, y que decide en cada caso a quién creerle y a quién no"*. (22) Sin embargo,

"... todas estas explicaciones, no siempre fundadas en otra cosa que no sea la opinión o los deseos del investigador, se han esforzado en demostrar que la gente no es manipulada por los medios, sino que tiene sus personales estratagemas para creerles un poco, desconfiar otro poco, mirar tonterías, pero desarrollar al mismo tiempo, el pensamiento crítico, etc. [...] El problema es que, cuando las papas queman, incluso los creyentes en la soberanía ideológica de 'la gente' empiezan a sentir el resquemor de una pequeña alarma". (23).

Las afirmaciones de la ensayista revelan un enérgico cuestionamiento a quienes fuerzan la teoría a una realidad que desborda esos constructos teóricos. Los mayores exponentes de la Escuela de Frankfurt miraron con cierto resquemor la influencia de los discursos mediáticos en el gran público, al igual que Sarlo desde sus columnas, que se distinguen por un estilo polémico en el cual los binarismos (nosotros-ellos; oficialismo-oposición; experiencia de mundo-academia) no pasan desapercibidos. *"Se aprende por repeticiones y automatizaciones. Si, de la noche a la mañana, desapareciera la televisión, la esfera pública quedaría reducida unas pocas decenas de miles de ciudadanos, un club minoritario tan fatal como la repetida pesadilla de la cultura de mercado"*, (24) afirma la crítica cultural para obligarnos a repensar el "optimismo" de los estudios más recientes en el campo de las ciencias de la comunicación.

El abordaje en este segmento de los resonantes episodios mediáticos en los que intervino Sarlo, revela las tensiones a las que está expuesta la intelectual cuya identidad se dirime entre el ejercicio de la cultura crítica-política y la práctica del periodismo masivo, necesariamente simplificadora.

Cabe señalar que en idéntico período de tiempo, a partir de 2008, agrupaciones intelectuales como Carta Abierta participaron en el debate público, pero de una manera diferente. El perfil de Horacio González, uno de los principales referentes del espacio y por entonces director de la Biblioteca Nacional, al igual que el de Nicolás Casullo, influyeron para que las manifestaciones de ese núcleo intelectual afín al kirchnerismo intervinieran en el debate público, pero de una manera diferente a la de Sarlo.

En primer término, porque Carta Abierta —según su propia declaración de principios— es una construcción plural, que se organiza en asambleas y se expresa a través de escritos públicos. (25) Por otra parte, y tal como se indica en la página web de

ese espacio, las “reflexiones, debates y elaboraciones sugieren un novedoso modo de intervención política que también se materializa en Comisiones de Trabajo sobre diversos temas que hacen al interés público”. (26)

De esto se desprende que el modo de organización del grupo y sus “cartas abiertas” constituyen una modalidad alternativa de circulación del mensaje más restrictiva que la de las intervenciones periodísticas de Sarlo. Los textos de la agrupación se presentan opacos frente al lenguaje que circula en los medios, lo que se convierte en un primer obstáculo para su difusión masiva. La simplificación del mensaje es una condición *sine qua non* de la sociedad de la información que, en esos textos, no se cumple. En palabras de Sarlo, el discurso, en este caso, solo está destinado a grupos muy específicos de la sociedad, vinculados a la academia y a los partidarios afines.

Con esto se quiere señalar que la inserción en los medios de comunicación “poniendo el cuerpo”, como lo hace Sarlo, es una opción —no una obligación— que la intelectual toma a sabiendas de sus beneficios y de sus deméritos. Algunas pistas para entender esta decisión de la escritora pueden encontrarse en el artículo “Intelectuales: Escisión o Mímesis”, publicado en *Punto de Vista* (1985), donde Sarlo apunta —en relación con el recorrido de los intelectuales de los 60 y los 70— que

“... las determinaciones y los imperativos del pasado fueron parte de nuestra relación como intelectuales con otros lugares y actores de la trama social. Fueron responsables de nuestra sensibilización frente a la desigualdad y de nuestra resolución de colocarnos en relación a este problema. Fueron responsables de que no sintiéramos cómodamente el encierro corporativo en las redes e instituciones típicamente intelectuales o académicas.” (27)

En el mismo sentido, la ensayista hace referencia a los “límites” que enfrentan los intelectuales en su tarea. “*La academia nos va a hablar siempre de nuestra especificidad [...] quizá podamos encontrar en la sociedad algún discurso que nos hable de una figura más general y más pública, que no sea necesariamente la figura del político*”, (28) argumenta la escritora para dar cuenta del paso de la intelectualidad revolucionaria a la de la primavera democrática argentina luego de la llegada de Raúl Alfonsín a la presidencia.

Por eso propone reflexionar acerca de los “límites” de la tarea intelectual que, a su entender, pueden ser destruidos pero también deben ser reconocidos a la hora de pensar la realidad. “*Cuando digo límites me refiero también a los límites que encierran nuestras prácticas y saberes respecto a las prácticas y saberes de otros sectores. Trabajar sobre los límites sería, entonces, trabajar sobre nuestros propios encierros corporativos, en el reconocimiento de que también el lugar de los intelectuales y su función pueden ser transformados.*” (29)

Aquella pregunta de raíces sartreanas, tan presente en la cultura intelectual sesentista —“¿para quién escribimos?”— sobre la que Sarlo vuelve en el texto de *Punto de Vista* que ella misma caratula como una “autobiografía colectiva”, (30) retorna

transformada. La pregunta es si bajo el imperio de la sociedad de la información hay lugar para un tipo de público específico, ideologizado, preparado para lecturas complejas y, al mismo tiempo, influyente, a la manera del que se conformó en las décadas de 1960 y 1970 en torno a revistas como la propia *Punto de Vista* y *Los Libros*, que ella dirigió, o como la revista *Barcelona*, que es destacada por la ensayista por lo corrosivo de su humor político. En relación con ello, surge el interrogante acerca del lugar de las publicaciones marginales en la actualidad; aquellas que, ubicadas fuera del circuito de lo mediático, con las que Sarlo podría sentirse más identificada, pueden tener algún nivel de repercusión en la opinión pública.

La propia intelectual esboza una respuesta al presentar el ejemplo de la revista *Barcelona*: "*La revista Barcelona publica cada dos semanas tapas extraordinariamente ácidas, pero es una revista sobre papel, de circulación mucho más restringida [...] Nadie se ocupa mucho de ella porque divierten a un pequeña burguesía que no decidiría su voto así nomás*". (31)

El interrogante que de algún modo deja aquí esbozado Sarlo es si en el momento actual de la comunicación de masas existen medios alternativos para instalar temas en la agenda o, en todo caso, ponerlos en cuestión. Y vinculado con ello, el del rol que le cabe al intelectual en este nuevo escenario mediático.

Las columnas periodísticas de Sarlo y la construcción de la figura discursiva: la credibilidad y la dimensión de la experiencia

Se puede afirmar, *a priori*, que Sarlo se mueve como un "líbero" en el campo de juego del debate público: es una intelectual que cuestiona el discurso académico, una periodista que reniega del discurso mediático, una militante que pone bajo la lupa las nuevas formas de hacer política. La tesis que se postula a partir de estas observaciones es que el *no lugar* en el que se ubica Sarlo cada vez que aborda el vínculo existente entre intelectualidad, política y medios es sobre el que cimenta su credibilidad y con el que establece un "*contrato de lectura*" desde su columna con los lectores. Sarlo nos dice "que puso el cuerpo" (en la academia, en los medios, en la política) a veces como espectadora y otras como protagonista; y que eso le da legitimidad para aportar su punto de vista porque conoce el terreno (algo que, en teoría, la distingue del resto de los intelectuales). "*No me lo contaron, estuve ahí*", es una de las frases que repite cada vez que es invitada a una redacción, un set televisivo o un estudio de radio, para ingresar, ella también, en la lógica de los medios y la política.

La capacidad para leer la densidad del acontecimiento que la autora encuentra en sí misma se manifiesta en sus textos toda vez que evoca la experiencia. Así, la escritura de la primera columna con la que Sarlo colabora en *La Nación* tiene su origen, como se

señaló antes, en su cobertura de uno de los “cacerolazos” autoconvocados por los actores sociales que se oponían a la resolución n.º 125/2008 dictada por el entonces ministro de Economía Martín Lousteau durante la primera presidencia de Cristina Fernández de Kirchner. La controvertida resolución establecía, tal como se conoce, un sistema móvil para las retenciones impositivas a la soja, el trigo y el maíz. La misma generó fuertes críticas por parte del sector empresarial de la producción agroganadera en la Argentina y diferentes entidades (Sociedad Rural Argentina, Confederaciones Rurales Argentinas, CONINAGRO, Federación Agraria Argentina) tomaron medidas de acción directa, entre otras, el paro, el *lock-out* y el bloqueo de rutas a lo largo de la primera mitad de 2008.

Aparecido el 27 de marzo de 2008, el texto de Sarlo inaugura una forma de intervención que se reitera en las columnas de la autora publicadas a lo largo de ese mismo año, y ya con mayor periodicidad, en las de 2009 y 2010. En “Fue una provocación”, (32) Sarlo relata los hechos acaecidos la noche del martes 25 de marzo en la Plaza de Mayo, cuando durante la ya mencionada protesta se enfrentaron grupos kirchneristas con los manifestantes autoconvocados, *“gente que, por los motivos más diversos, se había sentido provocada por el discurso de Cristina Fernández de Kirchner”*, tal como lo presenta la propia Sarlo en ese artículo. Desde una posición que se muestra solidaria con la de los “caceroleros”, esboza su tesis acerca de que la irrupción de las columnas de D’Elía y Pésico, líderes alineados con el kirchnerismo, constituyó una provocación cuyo fin fue el de introducirse en la manifestación para quebrarla. De manera similar al cronista que acude al lugar de los hechos y deviene en testigo de los acontecimientos que narra, Sarlo asienta la credibilidad de su relato en su condición de espectadora “presente”: *“Estuve en la Plaza de Mayo más o menos a las once de la noche del martes”*; *“Hablé con gente de San Telmo y Barracas que, por lo general, no vende soja a futuro en los mercados internacionales. O hijos de chacareros que estudian en las universidades porteñas y no viven como aristócratas”*. Aquí, como en otros pasajes de sus columnas, el “haber estado” en la escena de los hechos parece posicionar a Sarlo en un lugar privilegiado para formular enunciados que ponen en tela de juicio los dichos de los funcionarios kirchneristas. El principio de “polarización” de dos grupos ideológicos (un “nosotros” asociado a valores positivos, y un “ellos” vinculado con valores negativos) que Teun Van Dijk señala como característico de los artículos de opinión de la prensa, (33) está presente cuando la autora confronta el comportamiento de los dos grupos que confluyen en Plaza de Mayo. En esta dirección, mientras deposita una mirada condescendiente sobre los manifestantes de la Plaza, enjuicia el accionar de los militantes kirchneristas, a quienes atribuye el ejercicio de la violencia para detener la movilización. (34) Dicha inculpa le permite a la vez contrarrestar la idea del “progresismo” como uno de los estandartes del movimiento kirchnerista:

“A un militante de D’Elía que me saludó le dije: ‘Esto es una provocación’. No entendió, y por cinco minutos discutimos: una provocación significa que un grupo organizado irrumpe en la manifestación de otro grupo para romperla, si es necesario con violencia. Le dije: “En la tradición progresista, la provocación fue un acto político despreciable, atribuido casi siempre a la policía o a los enemigos de clase. Hoy, en cambio, los provocadores son ustedes”. (35)

En su interpretación de los hechos, Sarlo despliega un nuevo movimiento, el que se reitera a la vez en sus colaboraciones posteriores: la apelación a un acontecimiento de alto poder simbólico en la historia política argentina (en este caso, la ocupación de la Plaza de Mayo por los militantes obreros peronistas el 17 de octubre de 1945) posibilita su lectura de la coyuntura actual en los términos de un enfrentamiento por el espacio público. Al mismo tiempo, ese episodio es reactualizado en el texto mediante la alusión a un momento histórico posterior, a saber, el 1 de mayo de 1974, cuando durante un discurso del líder justicialista, la organización Montoneros se enfrentó con los militantes sindicales que actuaban por entonces bajo la égida de Perón. Implícitamente, establece un parangón entre la figura de Cristina Fernández y la del Perón de 1974, es decir, el Perón que se distancia de la organización político-revolucionaria a la que otrora había apoyado. Como el discurso pronunciado por Perón ese 1 de mayo, Sarlo sugiere que las palabras pronunciadas por Cristina en el presente, son o bien un error táctico o bien un *“dispositivo político”*, e incita a la presidente a rectificarse. En la medida en que en su discurso, advierte Sarlo, Cristina Fernández establece la vinculación entre los sectores ruralistas que manifiestan y las fuerzas que propiciaron en el pasado el golpe de Estado de 1976, alienta a los grupos liderados por Pésico y D’Elía a expresarse con violencia en contra de los manifestantes. En cuanto dispositivo político orientado a disuadir las protestas agrarias, la oratoria de Fernández es evaluada como equívoca por Sarlo, quien contraría de este modo la opinión de aquellos que reivindican la declamación de la presidente como elocuente y sagaz: *“Se dice que Cristina Fernández de Kirchner habla bien. Su discurso no lo prueba, si hablar bien significa algo más que hablar de corrido, no vacilar ni confundirse con los tiempos de los verbos”*. (36)

El tenor de los juicios que Sarlo plasma en sus textos la muestra como una polemista implacable. Si bien la polémica es constitutiva de los artículos de opinión, no se puede dejar de anotar que la confrontación ideológica con otro/s puede ser más o menos violenta, más o menos cordial. El recurso a la *“ideología”* en general obstruye la posibilidad de dialogar con un *“otro”*, o de interpelarlo al modo del ensayo literario para ayudarlo a construir una imagen de sí mismo. (37) Las opiniones de Sarlo en cuanto *“creencias valorativas”*, es decir, *“creencias que presentan un concepto de valor”*, (38) impulsan en esta forma una lectura de la realidad en términos de una polarización donde el *“otro”* es asociado siempre con valores negativos. Si bien no predominan en sus columnas las enunciaciones en primera persona del singular, el *“yo”* asoma en estos textos siempre que

la fuerza de la argumentación así lo requiere. Es en dichos momentos cuando la periodista-articulista deviene en ensayista.

A pesar de que Sarlo parece optar en sus columnas por aparecer bajo la figura de un “testigo presencial”, su condición de escritora y de crítica de la cultura se muestra en distintos pasajes de sus textos periodísticos. Podemos postular que “ensaya” diferentes posiciones sociales sin llegar a identificarse del todo con ninguna de ellas, tal como se planteó más arriba. A partir de la introducción en el texto de las voces de otros actores, se trate de intelectuales, dirigentes o militantes, la autora despliega la argumentación polémica, permitiéndose corregir lo que ellos afirman, o disentir totalmente con sus opiniones. Aun cuando en sus declaraciones adolezca explícitamente del discurso de la academia, más de una vez asume en sus columnas el lugar de aquel que detenta el “saber” porque conoce de primera mano las fuentes que se citan. Dos operaciones despliega en relación con este tipo de intervenciones: se presenta a sí misma como depositaria de un conocimiento específico y a partir de este posicionamiento, desenmascara al “otro” en su ignorancia.

“La presidenta no es la única que cita mal el Dieciocho Brumario. He escuchado esa misma equivocación en argumentos expuestos por intelectuales que tienen la costumbre de recordar bien los textos que mencionan. Por lo tanto, más que un señalamiento del error habría que ver por qué sucede con una frecuencia tan demolidora de lo que Marx estaba diciendo (sic)”. (39)

Es desde ese mismo lugar cuando en su columna del 27 de septiembre de 2010 (apenas unas semanas antes de la muerte de Néstor Kirchner) confronta con las teorías sobre el populismo elaboradas por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. Las conceptualizaciones de estos autores adquieren relevancia en el diagnóstico de la política que Sarlo realiza en la medida en que son de cita ineludible para Cristina Kirchner. En esta como en otras columnas de Sarlo dedicadas a la “izquierda populista”, la ensayista reafirma su lugar como teórica y analista política, para confrontar abiertamente con el autor de *La razón populista*: *“La sofisticación de la teoría de Ernesto Laclau sobre el populismo no es materia de esta nota. Quien la escribe ha leído atentamente La razón populista (2005), pero ahora seguirá el ejemplo de lo que hace Laclau cuando lo reportean: usar instrumentos menos abstrusos y, a veces, singularmente toscos”.* (40)

La voz del sujeto que habla adquiere, como se ve en este pasaje, una tonalidad grandilocuente. La enunciación es concluyente y parece no admitir disensos. Aquí, como en otras de sus notas, la confrontación de sus alocuciones con una “palabra autorizada” posibilita a Sarlo polemizar con las ideas y el accionar kirchneristas, objeto de la mayor parte de sus reflexiones. La tesis que sustenta la intervención de Sarlo en relación con Laclau radica en que la teoría populista de este último circula en forma mediática, y, por lo tanto, es conocida solo superficialmente y de forma simplificada. De allí que, sugiere Sarlo,

“no es necesario que un político haya leído a Laclau para entender lo que dice en las entrevistas”. (41) A los ojos de la articulista, es esto lo que ocurre con los *“académicos que hoy militan en el Poder Ejecutivo [nacional], como Juan Manuel Abal Medina”*, quienes ponen en valor la palabra “enemigo” en vez de “adversario”. Las tesis de Laclau que Sarlo trae a colación resultan ser así funcionales a las críticas que la autora dirige al kirchnerismo, y en esta dirección son descalificadas por ella, al considerar que en su lectura más simplificada contribuyen a reforzar la idea de la política como conflictividad extrema y permanente, susceptible de agitar continuamente como estandarte cada uno de los escenarios cotidianos.

Otro de los posicionamientos que adopta la autora en relación con el “yo” guarda relación con su apelación constante al pasado de la Argentina reciente y, en particular, a las décadas de 1960 y 1970, como marco de referencia a la luz del cual es posible dar cuenta de la coyuntura política actual. Sus reiteradas reflexiones acerca de los avatares de la izquierda política argentina están atravesadas por la figura que el “yo” que escribe construye acerca de sí mismo en cuanto militante de la “izquierda revolucionaria” primero, y luego de los movimientos políticos que con el advenimiento de la democracia en 1983, aspiran a una socialdemocracia. En estas colocaciones, el “yo” enunciativo de Sarlo ya no legitima su discurso en el *saber*, sino antes bien en la experiencia “de calle”. Una vez más, la autora puede afirmar que los hechos sucedieron del modo en que los relata porque ella *estuvo* en el escenario donde se desarrolló la acción. Así, por ejemplo, alude a las formaciones integrantes de la izquierda del peronismo radicalizado la noche del 19 de junio de 1973, cuando Perón aterriza en Ezeiza después de años de exilio: *“No sé si los Kirchner llegaron con la columna Sur de FAR-Montoneros a Ezeiza. Yo estuve allí y cuando empezaron los tiros me saqué de un manotazo la boina roja con escarapela argentina que hasta ese momento había sido una especie de juvenil desafío, pero en la balacera me convertía en un blanco fácil”.* (42)

En otros pasajes de sus columnas, Sarlo integra la experiencia personal a una historia colectiva. En este sentido, el “yo” enunciador reafirma su pertenencia a un colectivo social en nombre del cual habla y sentencia: *“Los que pertenecemos a la izquierda revolucionaria, guerrillera o no, si queremos seguir pensando el presente sin olvidar el pasado, tenemos que recordarlo de la manera más exacta posible, [...], incluso sabiendo que la narración histórica es siempre interpretativa”.* (43) En virtud de este plural identificado con la “izquierda revolucionaria” es que Sarlo se arroga el derecho de enjuiciar la política de derechos humanos llevada a cabo por el gobierno kirchnerista, ya que, advierte, *“no se trata de recordar cualquier cosa, como si cualquier memoria fuera, [...], justa, como si el sufrimiento de miles sirviera como escudo en lugar de transformarse en energía moral”.* (44) Frente a lo que concibe en los términos de un uso instrumental de la

memoria, propone desandar el pasado desde una mirada crítica y a la vez no sujeta a las necesidades coyunturales del presente.

El recorrido hasta aquí trazado muestra que la figura de la columnista delineada en estos artículos, si bien se encuentra próxima a la del intelectual sesentista para el cual la política constituye una “*región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida por cierto la teórica*”, (45) no desconoce aquello que Sarlo menciona como central de la labor desempeñada por los “hombres del pensamiento”: su capacidad de hablar sobre “lo público” para, de este modo, influenciar en grupos muy generales o muy específicos.

Más allá de la dimensión polémica que atraviesa las columnas estudiadas, y de su carácter de textos en cuanto escenarios donde la autora ensaya respuestas frente a la coyuntura nacional, el análisis desplegado apuntó a rescatar aquello que Sarlo, desde una posición williamsiana, concibe como “*conciencia práctica*”, definida en los términos de “*lo efectivamente vivido que se presenta a la vez como resistente y oscuro a la reconstrucción*”, y como “*horizonte que la reconstrucción no puede abandonar porque renunciaría a su potencialidad explicativa perdiendo el pasado la dimensión concreta de la experiencia*”. (46) El movimiento de restitución de la experiencia, la historia y el sujeto en el análisis cultural que Sarlo reivindica respecto de la producción de Raymond Williams en los escritos de crítica recogidos en *Punto de Vista*, opera en estos textos en forma semejante, en relación con la lectura que la columnista ofrece acerca del presente social, una materia que Sarlo procura abordar en sus intervenciones en otros medios periodísticos actuales y cuyo devenir está aún lejos de ser clausurado.

Notas

(1) Para la delimitación de un actor social como “intelectual”, seguimos la caracterización aportada por Silvia Sigal en su clásico *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991. Para la autora, el campo cultural y el campo político son dos esferas separadas que, sin embargo, se relacionan, se contaminan, se imbrican mutuamente. A partir de las conceptualizaciones de Pierre Bourdieu, define al campo cultural como un sistema autónomo conformado por obras, instituciones y actores con reglas de consagración y de poder que le son propias, y que, simultáneamente, no son ajenos a lo político o lo ideológico. Sigal concibe a su exploración desde una “**doble mirada, atenta, por una parte, a la relación entre campo político y campo cultural y, por otra, a la figura específica de los intelectuales**”. *Ibidem*, p. 16 (destacado en el original). Es esta doble perspectiva la que posibilita a esta autora precisar al intelectual como letrado que combina “*conocimiento con una responsabilidad social explícita o bien con una relación con valores colectivos de una sociedad, identificable sea a través de los textos producidos sea a través de la clasificación que otros actores hacen de ellos*”. *Ibidem*, p. 21. Lo importante de esta caracterización es que enfatiza el estatus social del intelectual y la relación de este actor con el contexto político, sin por ello negar el funcionamiento específico de la esfera cultural ni subsumirla a la política.

(2) Siendo aún muy joven, entró a trabajar en un lugar privilegiado para aquel que se propusiera incursionar en el universo de la industria cultural. En efecto, en los años que promediaban la enconada década de 1960, EUDEBA, la pujante editorial de la Universidad de Buenos Aires, abría sus puertas a los jóvenes interesados en la labor editorial. Tal experiencia al parecer fue definitiva para Sarlo, quien años después devino en una de las impulsoras de revistas insoslayables para la historia de las ideas y de las prácticas culturales en la Argentina reciente. En la década de 1970 participó protagónicamente de dos importantes publicaciones para el campo literario argentino: la modernizadora *Los Libros* (1969-1976), y *Punto de Vista*, que, aparecida hacia 1978 en el contexto de la última dictadura militar, fue concebida como una forma de resistencia cultural. Orientada a la discusión ideológica, esta última revista imponía tópicos que aludían soslayadamente a la política, hasta que en 1983, una vez finalizada la dictadura, pudo hablar abiertamente sobre los temas antes censurados.

(3) Ares, Carlos, "El mercado no asigna bien sus recursos. Beatriz Sarlo en La clase". 2015. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=H3OdrBz8iPg> [consulta 07/07/2015].

(4) *Ibidem*.

(5) *Ibidem*.

(6) *Ibidem*.

(7) Originaria de una familia de inmigrantes italianos de capa media, Sarlo experimentó en su seno familiar los avatares de la política nacional. Con un padre antiperonista y un tío y una madre alineados con el peronismo crítico de Raúl Scalabrini Ortiz y FORJA, la política introdujo una fuerte división en su propia casa, un espacio marcado simbólicamente por la disputa ideológica de los periódicos que allí se consumían: su madre compraba *El Mundo*, y su padre leía *La Nación*. Sarlo, quien conocía ambos diarios, fue una lectora voraz en su adolescencia, tal como ella misma ha reconocido.

(8) Diario *Perfil*, "El premio a una lectora intensa, obsesiva y maniática de diarios", Buenos Aires, 16/06/2013. Recuperado de <http://www.perfil.com/columnistas/El-premio-a-una-lectora-intensa-obsesiva-y-maniatica-de-diarios-20130616-0038.html> [Consulta 21/08/2015].

(9) Durante veinte años fue profesora de Literatura Argentina Contemporánea en la Universidad de Buenos Aires; dictó cursos en Columbia, Berkeley, Maryland y Minnesota; fue *fellow* del Wilson Center de Washington y Profesora Especial de Cambridge.

(10) Las columnas de opinión firmadas por Beatriz Sarlo comienzan a publicarse en el diario *La Nación* a partir del año 2008, cuando se desata el conflicto por el *lock-out* agropecuario en protesta por la resolución 125. La virulencia del conflicto puso de manifiesto la necesidad por parte de las empresas mediáticas, de acudir a voces especializadas de la cultura, la economía y la política, entre otros ámbitos, para otorgar más fuerza a las argumentaciones a favor y en contra del impuesto a las exportaciones de soja y trigo en el país. Poco a poco, las apreciaciones de Sarlo volcadas en el diario de Bartolomé Mitre fueron adquiriendo mayor notoriedad hasta convertirse en una de las voces letradas más representativas de la oposición al gobierno kirchnerista. Junto a esta notoriedad, las columnas dejaron de aparecer esporádicamente para terminar publicándose con cierta regularidad, en una decisión editorial

que parecía ajustarse a la coyuntura. La interpretación de la realidad propuesta por la ensayista, en consonancia con la línea editorial del tradicional matutino porteño, marcó una época que se extendió desde la llegada de Cristina Fernández de Kirchner al poder hasta su salida de la Casa Rosada. A partir de 2015, con el cambio de signo político, Sarlo dejó de colaborar de manera permanente en el diario *La Nación*, aunque sigue siendo una fuente consultada regularmente en diversos temas del quehacer nacional. En la actualidad colabora de manera regular en la agencia de noticias Télam y en los medios de la Editorial Perfil, de Jorge Fontevecchia.

(11) Verón, Eliseo. “El análisis del ‘Contrato de Lectura’, un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media” en *Les Médias: Experiences, recherches actuelles, applications*, París, IREP, 1985.

(12) Seguimos la noción de “contrato de lectura” propuesta por Eliseo Verón en relación con el discurso de los medios de comunicación masivos: “*La relación entre un soporte y su lectura reposa sobre lo que llamaremos **el contrato de lectura**. El discurso del soporte por una parte, y sus lectores, por la otra. Ellas son las dos ‘partes’, entre las cuales se establece, como en todo contrato, un nexo, el de la lectura. En el caso de las comunicaciones de masa, es el medio el que **propone el contrato**” (Ibidem; destacado en el original). Para Verón, el éxito de un soporte de la prensa escrita se mide por su capacidad de “*proponer un contrato que se articule correctamente a las expectativas, motivaciones, intereses y a los contenidos del imaginario de lo decible visual; de hacer evolucionar su contrato de lectura de modo de ‘seguir’ la evolución socio-cultural de los lectores preservando el nexo; de modificar su contrato de lectura si nexo; de modificar su contrato de lectura si la situación lo exige, haciéndolo de una manera coherente*” (Ibidem).*

(13) Feinmann, José Pablo, “El logos de Cristina F.” en *Página12*, Buenos Aires, 30/03/2008.

(14) Sarlo, Beatriz, “Raymond Williams: una relectura” en *Punto de Vista*, XVI, 45, abril de 1993, p. 14.

(15) Sarlo, Beatriz, *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*, Buenos Aires, Sudamericana, 2011, p. 13.

(16) *Ibidem*.

(17) *Ibidem*.

(18) *Ibidem*.

(19) Licitra, Josefina, “El ojo feroz”, en *El Mercurio*, Chile, octubre de 2012. Recuperado de <http://senoritali.blogspot.com.ar/2012/10/el-ojo-feroz.html> [consulta 07/07/2015].

(20) Sarlo, Beatriz, *La audacia y el cálculo*, op. cit., p.13.

(21) *Ibidem*.

(22) Sarlo, Beatriz, “Cuando la política es apenas una caricatura” en *La Nación*, Buenos Aires, 22/05/2009. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1130802-cuando-la-politica-es-apenas-una-caricatura> [consulta 07/07/2015].

(23) *Ibidem*.

(24) Sarlo, Beatriz, *La audacia y el cálculo*, op. cit., p.12

- (25) Carta Abierta, sitio web <http://www.cartaabierta.org.ar> [consulta 10/08/2015]
- (26) *Ibidem*.
- (27) Sarlo, Beatriz. "Intelectuales: Escisión o Mímesis" en *Punto de Vista*, VII, 25, diciembre de 1985, p. 5.
- (28) *Ibidem*, p. 5.
- (29) *Ibidem*, p. 6.
- (30) *Ibidem*, p. 1.
- (31) Sarlo, Beatriz, "Cuando la política es apenas una caricatura", op. cit.
- (32) Sarlo, Beatriz, "Fue una provocación" en *La Nación*, Buenos Aires, 27/11/2008. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/998895-fue-una-provocacion> [consulta 07/07/2015].
- (33) Van Dijk, Teun A. "Opiniones e ideología en la prensa", en *Voces y culturas*, 10, II Semestre 1996, pp. 9-50.
- (34) En los términos del modelo de análisis de discurso propuesto por Teun Van Dijk, la "atribución" conforma otro elemento de los artículos de opinión: "*Las atribuciones de acciones negativas a nuestros enemigos requieren la descripción de nuestros enemigos como agentes responsables, conocedores de manera consciente, intencional y cínica de sus acciones y de las consecuencias de estas, aun cuando tales acciones puedan ser al mismo tiempo tildadas de irracionales o incluso de locas*" (*Ibidem*, p. 36).
- (35) Sarlo, Beatriz, "Fue una provocación", op. cit.
- (36) *Ibidem*.
- (37) Para la delimitación del "ensayo literario", seguimos la caracterización propuesta por Alberto Giordano, quien lo define como una modalidad del ensayo que realiza y muestra en su propia composición la "literariedad", "la puesta en acto de una legalidad propia de la literatura, de un modo de 'conocer' literario" (Giordano, Alberto, *Modos del ensayo. Jorge Luis Borges-Oscar Masotta*, Rosario, Beatriz Viterbo, 1991, p. 112). El crítico señala que "*la búsqueda del ensayo es errática*", procede mediante una pregunta que se va haciendo a medida que se escribe y busca respuestas en el mismo acto de la escritura. Sobre los ensayos de Oscar Masotta, afirma: "*... el sentido en el que se despliega la polémica en los ensayos literarios del joven Masotta es, en todos los casos, el mismo: darle al otro una imagen de sí, construida a partir de su discurso, en la que él pueda llegar a reconocerse y no imponerle una imagen que él sienta como venida desde fuera; dicho de otro modo: hacerle ver al otro lo que dijo sin saber que lo ha dicho y no dictarle lo que debió decir*" (*Ibidem*, p. 99).
- (38) Van Dijk, Teun A, op. cit.
- (39) Sarlo, Beatriz, "La prisión del pasado" en *La Nación*, Buenos Aires, 22/06/2008. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1023520-la-prision-del-pasado> [consulta 07/07/2015].
- (40) Sarlo, Beatriz, "Los gurúes de los Kirchner" en *La Nación*, Buenos Aires, 27/09/2010. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1308645-los-gurues-de-los-kirchner> [consulta 07/07/2015].
- (41) *Ibidem*.

(42) Sarlo, Beatriz, "Las muchas caras del peronismo" en *La Nación*, Buenos Aires, 12/10/2010. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1313898-las-muchas-caras-del-peronismo> [consulta 07/07/2015].

(43) Sarlo, Beatriz, "La matriz mesiánica de Montoneros" en *La Nación*, Buenos Aires, 29/08/2010. Recuperado de <http://www.lanacion.com.ar/1298902-la-matriz-mesianica-de-montoneros> [consulta 07/07/2015].

(44) *Ibíd.*

(45) Terán, Oscar, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina. 1956-1966*, Buenos Aires, Puntosur, 1991, p. 12.

(46) Sarlo, Beatriz, "Raymond Williams: una relectura", *op. cit.*, p. 14.

Recibido: agosto de 2016.

Aprobado: diciembre de 2016.

Para citar este trabajo

Bonano, Mariana; Nores, Ana Cristina. "Intelectuales, política y medios en Argentina. Las columnas de Beatriz Sarlo en el diario *La Nación*" en Cuadernos de H Ideas [En línea], vol. 10, n° 10, diciembre 2016, consultado...; URL: <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/3670>